

AMOR Y EXIGENCIA

Ambientación:

Cada Congregación tiene su espíritu propio conforme a la misión que el Señor le confía (OC, 1920).

- *Espíritu y misión; espiritualidad y acción quedan así en estrecha y directa relación.*

- *Hablando en cristiano, espiritualidad y humanidad o son perspectivas de una misma realidad vital o no son tales.*

Desde el momento que creemos y aceptamos que Dios hizo al hombre a su *imagen y semejanza*, tenemos que aceptar:

- *tanto que, cuanto mejor refleja el hombre en sí mismo la imagen del Creador tanto es él mismo profundamente humano.*

- *como que, cuanto más sea la persona profundamente humana, con tanta mayor nitidez refleja la verdadera imagen del Creador.*

- *Pablo de Tarso lo entendió a cabalidad y lo expresó abiertamente en su discurso al Aerópago cuando afirmó, haciendo recurso a los propios poetas helénicos: “Dios no está lejos de cada uno de nosotros, pues somos de su linaje (Act. 17, 27b y 29). Frase y sentimiento que Agustín de Hipona traduce en sus Confesiones con esta profunda y dramática expresión:*

- *Yo te buscaba fuera de mí y tú estabas dentro de mí. Tu eras lo más íntimo de mi intimidad.*

- *De ahí, precisamente, que el mejor y más evidente termómetro de una vida espiritual integrada e integradora sea precisamente la calidad del propio crecimiento en humanidad.*

Dentro de esa *visión* en la que el *crecimiento en humanidad* se percibe como *expresión de la vida de fe*, de la acción del Espíritu en la *persona concreta*, se encuentra este comentario que el cardenal Ratzinger incluye en su autobiografía (*Mi vida*) al transmitir los sentimientos que experimentó con ocasión de la muerte de su madre:

- “*Revivimos con ella –anota– la misma experiencia de mi padre. Su bondad era cada día más pura y transparente y continuó aumentando en las semanas en que el dolor iba acrecentándose. Cuando cerró definitivamente los ojos, la luz de su bondad permaneció y para mí se convirtió cada vez más en una demostración concreta de la fe por la que se había dejado moldear. No sabría señalar una prueba de la verdadera fe más convincente que la sincera y franca humanidad que ésta hizo madurar en mis padres y en otras muchas personas que he tenido ocasión de encontrar*”.

Tras los *fundamentalismos religiosos*, sean del credo que sean, no se encuentra –y permítaseme este desahogo– una verdadera espiritualidad. Es más no se encuentra tan siquiera *Dios*, pues *los que matan en nombre de Él le han asesinado a Él previamente*. Por eso precisamente los fundamentalismos, *lejos de humanizar, deshumanizan*; lejos de crear *ámbitos de tolerancia, paz y armonía*, los crean de *intolerancia, violencia y destrucción*.

- Ahora bien, si *hablando en cristiano espiritualidad y humanidad* están en estrecha y directa relación, *hablando en amigoniano* esa estrecha y directa relación se crea, a su vez, entre *espiritualidad y pedagogía*. *Hablando en amigoniano*, la espiritualidad, si es tal, además de ayudar personalmente al educador a crecer en humanidad, se va transformando en el interior de él mismo en un *sentimiento pedagógico*, matizado y determinado por aquellos valores –siempre profundamente humanos y cristianos a la vez– que dan a la *amigonianidad* su *verdadera identidad* y su *característico talante de actuación*.

Hablando en amigoniano –y sintetizo–, la espiritualidad se transforma en una pedagogía que encuentra en el joven en dificultad su principal sujeto de acción.

Por ello, la fe en un *Dios Padre* se hace “sacramento” entre los amigonianos en la “adoración” del hombre, del *joven necesitado*, al que hay que contribuir a “recrear”, propiciando que se *sienta amado*, merced a nuestra acción, con el amor individualizado, personificado con que el *Creador* amó en el origen –y sigue amando en la dinámica del día a día– a cada una de sus criaturas y, de modo particular y singularizado, a cada una de las personas.

Por ello, también, la *Cristología* –centrada y asimilada en su integridad desde la figura del *Buen Pastor*– es para los amigonianos, un compendio de actuación pedagógica que las propias Constituciones recogen así: *Nuestra misión –dicen– nos constituye testigos e instrumentos del amor de Cristo a los jóvenes y nos exige... encarnar las actitudes del Buen Pastor, que conoce a las ovejas, camina delante de ellas, busca a las que se pierden, comparte sus alegrías y penas, aprende por experiencia la ciencia del corazón humano, y da la vida por todas* (Const. 57). La mejor adoración, pues, que un *seguidor de Luis Amigó* puede hacer del “misterio de Cristo” es la de asimilar y expresar sus sentimientos ante la oveja número 100.

Y por ello, finalmente –pues hay que ir concluyendo ya esta presentación– la misma *Mariología*, asimilada y vivida junto a la figura de *Nuestra Madre de los Dolores*, constituye para los amigonianos un compendio más de actuación pedagógica, como reflejo que es –desde su *identidad femenina* y su *vocación de Madre*– de los sentimientos mismos del Buen Pastor. *Nuestra Madre de pie junto a la cruz* –escriben en este sentido las propias Constituciones– *es para nosotros ejemplo de aquel amor maternal que debe de animar a quienes, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres. Su fortaleza y ternura de Madre inspira y estimula nuestra dedicación apostólica, como fieles ejecutores, a favor de los jóvenes, de la herencia y voluntad de Jesús: Abí tienes a tu hijo, abí tienes a tu Madre* (Const. 58).

No carece, pues, de intención ni de significado el hecho de que este Congreso Internacional de Mariología –organizado por la FUNLAM y la Provincia amigoniana de San José de Colombia, con ocasión del primer Centenario del Milagro de Quito– comience, no con una exposición teórico-doctrinal sobre el misterio de María, sino con una conferencia –como es la presente– en la que se contempla en María el mensaje pedagógico que aporta a la amigonianidad.

*La espiritualidad amigoniana,
fuente de su sabiduría pedagógica*

Previamente, sin embargo, a ir desmenuzando el mensaje pedagógico que aporta a la amigonianidad la figura de *María Dolorosa*, quisiera detenerme aún en profundizar un poco en la *simbiosis* que tradicionalmente se ha establecido entre el *ser y hacer amigoniano* y que fue dando lugar con el tiempo a un creativo *diálogo* entre fe y razón, entre creencias y realidad vital, entre crecimiento personal del propio educador y su actuación pedagógica encaminada al crecimiento personal de sus educandos.

El padre Luis Amigó, en los inicios mismos de su fundación, recomendó a sus seguidores: *Aprended por experiencia la ciencia del corazón humano* (OC, 2047).

Y así lo hicieron: *empezaron a actuar*. De esta manera, la *pedagogía amigoniana* –como todas las pedagogías que en el mundo han sido– comenzó siendo *praxis*, comenzó siendo vida.

Posteriormente –siempre después– se empezó a reflexionar sobre lo que se venía haciendo, se empezó a discernir entre lo que daba resultados positivos o no, y en esa misma medida comenzó a hablarse ya de *filosofía de la pedagogía amigoniana* y empezó a ensamblarse todo un *sistema lógicamente articulado en sus terapias*.

Con la *conceptualización de la praxis*, la pedagogía amigoniana adquirió (fue adquiriendo) *rango científico* y se convirtió en *escuela*,

pero más allá de todo ese ropaje lógico está lo que verdaderamente le dio y le continúa dando *sentido y razón de ser*: la *vida*, la *praxis*, la *experiencia*. Una vez más se pone de manifiesto el pleno sentido de aquel dicho latino que, traducido, venía a decir:

- *Primero vivir (la vida), después filosofar.*

Ahora bien, decir que la *pedagogía amigoniana* es originalmente *acción, praxis, vida...*, no quiere decir que esa acción, esa praxis, esa vida, no tenga sus *fuentes de inspiración*. Y en el caso concreto de la pedagogía amigoniana, la *primera y principal fuente de inspiración es la propia vivencia espiritual*:

- “*La pedagogía amigoniana* –escribía en mi libro *Identidad Amigoniana en acción*– *no es sólo cristiana por cultura, sino que lo es también por fe. Consecuentemente, quien quiera internarse en profundidad en el ser y hacer amigoniano, no podrá renunciar nunca a saborear, de alguna manera, el sentimiento religioso que inspira sus primeras y más vitales raíces*”.

Madre tierna

Y ahora –ya sin más preámbulos– sí que voy a detenerme en profundizar uno de los grandes aportes que la figura de María en sus Dolores hace a la *espiritualidad* –y con ella y desde ella– a la *pedagogía amigoniana*.

- *Los religiosos* –estableció el padre Luis Amigó en las Constituciones de 1910– *harán en la Escuela las veces de padre de los alumnos, teniéndoles las atenciones que necesiten y tratándoles con verdadero cariño* (n. 252). Y este *amor y cariño* se reviste de alguna forma de *maternidad*, alcanzando así –si cabe– mayor profundidad y compromiso, a la luz de María “*nuestra Madre*” como tradicionalmente y con afecto nacido del corazón la han invocado los amigonianos.

- La advocación de los *Dolores* nos habla fundamentalmente de *amor*, pues el dolor de María –como el de Cristo, como el de cualquier persona verdaderamente enamorada– es, por su misma naturaleza pascual, es decir: no quema, no mata, sino que, a pesar del sufrimiento –y aún en medio del sufrimiento e incluso a través del mismo– *produce vida*.

Cuando sufrimos por las *personas que queremos*, el sufrimiento no mata en nosotros la vida, sino que la acrecienta y le hace descubrir nuevas dimensiones.

El sufrimiento aceptado *con amor y por amor* ayuda a crecer. Y por ello precisamente los *dolores de María* –como los sufrimientos de *cualquier madre por su hijo*– son *lecciones de amor*.

Por algo decía Luis Amigó: *Al pie de la cruz, María nos ha demostrado ser más madre*.

Junto a la Madre Dolorosa, pues, la primera y principal lección que aprende el *amigoniano* es la de *amar* –como hace el Buen Pastor– *hasta el extremo*, haciendo del *amor un mensaje creíble* por la *ternura* con que se expresa.

La *pedagogía amigoniana* –como *cristiana* que es– se encamina a acompañar a la persona para que, en la *irrepetible aventura* de su desarrollo vital, encuentre *en el amor* su *razón de ser*, la *verdad de su identidad humana* y se sienta así *feliz*. Luis Amigó resumía de este modo el meollo de una *antropología cristiana* que tiene su *quicio en el amor*:

“Formado el corazón del hombre para amar, el amor es su vida. A la manera, pues, que al ocultarse el sol desaparece toda forma, queda velada la hermosura de los seres, se retira de los mismos el vigor y se amortigua su vida..., así los dones más sublimes pierden su esplendor y todo se forma estéril, sin luz, sin calor, sin vida, cuando falta el amor” (OC 1153).

Fiel, pues, a su presupuesto antropológico, la pedagogía amigoniana ha procurado desde sus inicios basar su acción en la *educación del corazón* del alumno, en despertar y desarrollar en él su capacidad de sentir, su *capacidad de sentirse amado y de amar...*

- “*El fin de la educación –decía en ese sentido la más antigua tradición amigoniana– es, ante todo y sobre todo, formación del corazón*” (TPA 12.088).
- “*Debemos ser, pues artistas de esa obra suprema que tiene por fin forjar los espíritus, cultivar la estética del sentimiento*” (TPA 12.024).
- “*En todo ser humano –reflexionaba uno de los primeros educadores amigonianos– hay un germen de sentimiento que nosotros desarrollamos. Para ello hay que tener mucha paciencia y cariño en el trato con los niños*” (TPA 5.048).

Ahora bien, la educación del *corazón del alumno*, no es tarea fácil, hay que saber *hablarle al corazón* y sólo se consigue esto, *hablando con el corazón*:

- “*El medio principal, y me atrevería a decir que el único para educar –escribía otro de los primeros educadores amigonianos– es la caridad en todas sus manifestaciones: benignidad, paciencia, comprensión, perdón...*” (TPA 3.074).
- “*Más moscas se cazan con miel que con hiel o más moscas se cazan con una gota de miel que con un barril de vinagre*” (TPA 5.048 Y 5.052).

Dicho de otra manera: *sólo quien ama puede educar. La educación es siempre un contrato de empatía.*

Di de él lo que te plazca –dice un padre a un juez en un cuento hindú–, pero yo conozco las faltas de mi niño. Si le amo no es porque sea bueno, sino porque es mi hijo ¿Qué sabes tú de la ternura que puede inspirar, tú que pretendes hacer exacto

inventario de sus cualidades y defectos? Cuando yo tengo que castigarlo, se convierte en mi propia carne. Cuando lo hago llorar, mi corazón llora con él. Sólo yo puede acusarle y reñirle, pues sólo quien ama tiene derecho a castigar.

“Entre las cualidades del buen educador está sobre todo –insistía otro educador amigoniano– la de amar a los alumnos. Porque si no se les ama, se bastardea el fin de la educación. Quien no sienta latir en su corazón el amor, la compasión hacia los muchachos en dificultad... no tiene vocación para dedicar su existencia a la reforma de la juventud” (TPA 12.031 y 12.464)”.

“El amor será siempre condición indispensable, no sólo para educar y moldear los corazones, sino incluso para instruir las inteligencias. Por esto –sin descuidar las enseñanzas de la ciencia– procuramos inspirar nuestros trabajos en el amor (Memoria Sta. Rita 1927 en TPA 10.015-10.016).

- Con todo –y con tener tan claro su principal objetivo educativo– el mismo compromiso de hacer de la *ternura* la principal *terapia educativa*, plantea a la pedagogía amigoniana un *reto ineludible* y de capital importancia, pues en definitiva *la transmisión del amor, de la ternura* no es sólo –ni principalmente– una cuestión del educador, sino que en ella tiene un determinante rol, la persona misma del alumno, pues en definitiva el problema de fondo está en que el *alumno se sienta querido*.

Y ese reto no es fácil de afrontar, dados los *traumas* sufridos, por lo general, por *los niños y jóvenes en situación de riesgo o de conflicto*. Muchos de estos niños y jóvenes han sido tan *ninguneados*, tan pisoteados, tan denigrados, tan *prostituidos en su dignidad humana*, que *pareciera* que han perdido incluso la capacidad de *sentirse queridos* y que tienden a interpretar, en consecuencia, que cuanto por ellos se hace no es *algo gratuito*, sino un nuevo “chantaje” por el que –llegado el momento– tendrán que pagar un *caro precio*.

Y este es uno de los *grandes retos* que tienen planteados los *amigonianos en su misión de transmitir el amor de Cristo a los jóvenes con problemas*, en su *misión de actuar* –a ejemplo de *María*– con ese *amor maternal*, expresado en *la ternura del trato*, con que deben de estar animados cuantos se sienten llamados a cooperar en la regeneración de los hombres.

Y este reto, además es irrenunciable e ineludible –como ya arriba expresaba–, pues *sólo cuando la persona se siente querida cobra para ella el amor una verdadera dimensión redentora*.

Quisiera terminar esta primera parte de mi exposición leyendo estas preciosas palabras que trae *Unamuno* en su comentario a la Vida de don Quijote y Sancho, al detenerse en el pasaje de las mozas que atienden al maltrecho “héroe idealista” en la posada en que se refugió.

Todos sabemos cómo empieza el pasaje: las mozas se ríen y mofan de aquel ser al que consideran un “ido”, pero de buenas a primeras todo va cambiando. Veamos, sin embargo, cómo lo relata don Miguel:

- *“Dos mozas hechas por don Quijote doncellas, ¡oh poder de su locura redentora!, fueron las primeras en servirle con desinteresado cariño –así titula él el pasaje y prosigue así su comentario–: “Tiempo vendrá –les dijo el Quijote en medio de sus risas y burlas– en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca”. Y las mozas, que “no estaba hechas a oír semejantes retóricas” y sí soeces groserías, “no respondían palabra; sólo le preguntaron “si quería comer alguna cosa”. Cesó la risa, sintiéronse mujeres las “doncellas mozas del partido” y en su pregunta “si quería comer” hay ya todo un misterio de la más sencilla ternura. Las pobres mozas habían comprendido al caballero, al calar hasta el fondo su niñez de espíritu, su inocencia heroica... Las adoncelladas mozas debieron sentirse conmovidas en lo más hondo de sus*

injurias entrañas, en sus entrañas de maternidad, y al sentirse madres, viendo en don Quijote al niño, como las madres a sus hijos, le preguntaron maternalmente si quería comer. Toda caridad de mujer, todo beneficio, toda limosna que rinde, lo hace por sentirse madre... Ved, pues, si las adoncelló con su locura, pues que toda mujer, cuando se siente madre, se adoncella.

Mujer fuerte

Junto a la gran lección testimonial de la *ternura*, la Madre Dolorosa es también para los amigonianos *fuerza de la fortaleza* que requiere su misión a favor de los jóvenes con problemas.

Es cierto que el dolor por el dolor no es cristiano. Las palabras de Cristo: “*Padre, si es posible, pase de mí este cáliz*”, son la sentida súplica del Hombre-Dios que, en los umbrales de su pasión, anhela encontrar en la oración sentido a su sufrimiento. Cristo no goza sufriendo, y si acaba aceptando con serenidad el sufrimiento es porque descubre –no sin angustia ni sin dolor– que sólo sin renunciar a él, se puede alcanzar la madurez de la propia identidad humana.

Creado a imagen y semejanza del *Dios-Amor*, el hombre es germinalmente –como ya se ha expresado con otras palabras en esta conferencia– un *proyecto de amor* y sólo *madurando en amor, sólo creciendo en sentimiento, se va personalizando, humanizando.*

Tal personalización, tal crecimiento en humanidad, implica, sin embargo, que la propia persona vaya desarrollando en sí misma una suficiente capacidad de *fortaleza*. En definitiva, *la autoeducación en el amor* no es posible sin una *paralela autoeducación en fortaleza.*

Siendo fuerte para aceptar con gallardía y reciedumbre de ánimo las dificultades, contratiempos y sufrimientos que conlleva su pasión, Cristo ofrece al hombre una gran lección de vida. Le enseña,

con el propio ejemplo, que el *camino de la felicidad*, de la *plena realización humana por el amor*, sólo puede recorrerse en la medida que se es *fuerte* para asumir con *gozosa libertad y serena alegría* el sufrimiento que supone renunciar al egocentrismo. Y ésta es la misma lección que María ofrece durante toda su vida y de modo particular *en todos y cada uno de sus dolores*. El amor maduro lleva siempre la marca de la cruz, el amor verdadero no puede renunciar nunca a la *dimensión de exigencia, de fortaleza*.

Y esa dimensión de exigencia y fortaleza es otra de las *claves fundamentales para entender a cabalidad el ser y el hacer amigoniano*.

Por ello el mensaje de la *fortaleza*, de la *exigencia*, no se encamina sólo al *crecimiento del amigoniano, como persona y educador a un tiempo*, sino que quiere iluminar también su misma *actuación pedagógica*.

a) Por una parte, el amigoniano necesita crecer cada día en un *amor lo suficientemente fuerte para ser fiel a su misión*, “no huyendo –como decía el propio padre Luis Amigó– *del trabajo que se hace por Dios*” (OC, 1827); “no temiendo perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces se tienen que poner para salvar a la *oveja perdida*” (OC, 1831) y también para *afrontar con gallardía y decisión* las situaciones difíciles que la vida cotidiana le puede ir presentando como, por ejemplo: *luchar por un mejor porvenir de sus muchachos* –como María enseña en su segundo dolor–; *buscar con afán* a quien se encuentra en una situación más difícil –como demuestra María en el tercer dolor–; *hacerse el encontradizo* con quien está más necesitado –como María enseña en el cuarto–; *mantenerse de pie* junto al que sufre de un modo especial –como muestra María en el quinto dolor–, etc...

En fin, necesitan los amigonianos educarse en el suficiente espíritu de fortaleza para “*estar animados por una fe y entusiasmo tales, que no perdonen medio ni sacrificio alguno para conseguir el fin que persiguen*” (TPA 6.166); o para “*llevar una vida alegre y apacentar*

como zagales, con gusto y abnegación, los niños y jóvenes que les han sido confiados, a pesar de que hayan tenido que sacrificar sueño, recreo y comodidades” (TPA 2.042).

b) Pero por otra parte, el amigoniano necesita también contribuir al crecimiento personal de los *propios alumnos* en *fortaleza*.

De nada sirve intentar acrecentar en los educandos la propia *capacidad de amar*, que los vaya construyendo como *personas felices*, si no se le intenta educar paralelamente en *fortaleza*:

- *La educación del corazón* –escribía uno de los primeros educadores amigonianos– *ha de culminar en la formación del carácter que es el hábito de la firmeza de la voluntad cristalizada en el alma humana. Educar sin echar esas bases, sería edificar sobre arena* (TPA 12.138).
- *El sistema preventivo* –escribía el mismo educador– *exige que se fortalezca en el niño la voluntad, que desarrolle un carácter fuerte”* (TPA 12.139).

Una de las más tradicionales terapias usadas por la pedagogía amigoniana de cara a esa educación en fortaleza de los propios alumnos ha sido el *sistema de vales*, encaminado precisamente a que ellos llegaran a descubrir, por experiencia, *cuánto cuesta conseguir en la vida aquello que uno verdaderamente desea*.

En el transfondo, sin embargo, de esa terapia, se encontraba un objetivo mucho más profundo:

–el de lograr que el alumno fuese experimentando una verdadera *catarsis personal en el amor*, que fuera descubriendo que para *crecer en amor* hay que “*dar la vuelta al calcetín*” de la propia personalidad y realizar un *cambio de focalidad*; que fuera percatándose de que *en amor se crece siempre hacia los demás y no hacia sí mismo*.

Ese cambio de focalidad es lo que clásicamente se ha querido expresar con la palabra *conversión*. La conversión es siempre *salida del propio cascarón para encontrarse, por el amor, con los demás*.

La conversión, por ser un *vuelco del egoísmo al altruismo*, ayuda a la persona: *no sólo ni principalmente a crecer en amor hacia los demás, sino sobre todo, a sentirse amada por los demás*. En este sentido, la conversión es la mejor terapia para crecer en *autoestima*. Y esto lo podemos apreciar –y con ello concluiré ya esta primera conferencia– comentando brevemente la primera parte de ese gran *poema pedagógico*, que los evangelios presentan en la parábola del Padre misericordioso, o, si preferís, del *hijo pródigo* (y fue pródigo no tanto, porque su padre lo amara más, sino porque él *se sintió más amado*).

AMOR A LA MEDIDA

Ambientación:

*La presencia de María en la vida del amigoniano –dicen las Constituciones de los Terciarios Capuchinos– es también fuente de la misericordia que requiere su misión (n. 7), y el papa Juan Pablo II en su preciosa encíclica *Dives in misericordia* escribe algo de tanta hondura y belleza como las palabras que aquí se traen: *La madre del Crucificado y del Resucitado, a través de la participación escondida y, al mismo tiempo incomparable, en la misión de su Hijo, ha sido llamada singularmente a acercar a los hombres al amor misericordioso del Padre. Ella –con el tacto singular de su corazón materno y con su sensibilidad particular–, posee una aptitud especial para llegar a todos aquellos que aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una madre (n. 9).**

La verdadera fuente de *misericordia* –como la de los otros matices que identifican la *verdad del amor* o, si se prefiere, *el amor de verdad*– es Dios, pero en María todos esos matices –y de forma especial el de la misericordia, por ser como más *esencial*– adquieren, desde *el toque específico de la feminidad*, el *tierno* –y para el hombre concreto, *insustituible*– *hálito de la maternidad*.

Pero antes de entrar ya a la parte central de esta segunda conferencia, permitidme –aunque sea de forma breve y concisa– una presentación del *Dios rico en misericordia*, para que pueda servir después de *trasluz* al resto de la reflexión que se desarrollará.

Ya en el Antiguo Testamento aparece Dios no sólo como una *persona siempre fiel a su amor* (Is 54,8) o que *ama con amor eterno* (Jr 49,15), sino también como *una madre que no puede olvidarse de su hijo* (Is 49,15).

También en los evangelios –y particularmente en el de San Lucas– aparece constantemente Cristo, reflejando ese amor fiel y hasta maternal del Padre y lo hace de modo especial en los entrañables gestos de ternura que tiene para con los más pobres y desvalidos.

Pero es, sin duda, San Pablo quien, quizá de una manera más clara y solemne expresa la fe en un *Dios misericordioso*. Y entre todos sus textos yo he querido escoger, para concluir ya la presentación de esta segunda conferencia el de 2Co 1,3:

–Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados.

Querer al otro “como es”

Llegados a este punto –y después de habernos introducido en la *dinámica de la misericordia* a través de las figuras de Cristo y María–, considero que es ya el momento de definir, –aunque sea más por vía de la *intuición emocional* que por la del *razonamiento lógico*, pues por ser un sentimiento la misericordia debe ser *sentida por el propio corazón*, que *entendida por la mente*– *qué es la misericordia?*

Y para responder a esta cuestión, pienso que nada mejor que retomar el *poema pedagógico* con que ayer cerrábamos nuestra reflexión.

Hoy, sin embargo, no nos vamos a detener en el hijo pequeño de dicho poema, sino en *el protagonista de la trama misericordiosa*.

El *protagonista* del poema es ciertamente el *Padre*, pero para *entender desde el corazón* su “rol” hay que contemplarlo desde la perspectiva que ofrece su contraposición con esa especie de *antagonista* que es el *hermano mayor*. La confluencia de ambas

personalidades representan de alguna manera el *sentimiento agónico* que se produce a menudo dentro de nosotros mismos cuando entran en conflicto la fidelidad a la *letra* de la ley y a su *espíritu*.

Si el *padre* representa la *misericordia*, el *hermano mayor* representa esa *justicia humana* que, *desprovista del espíritu*, busca como valor supremo, *no la recuperación* de la persona concreta, *sino la salvaguarda de la ley* y el *orden* expresados en su letra.

Descendiendo ya al terreno de la acción, la actuación de ambos personajes –protagonista y antagonista– van representando su papel con palabras y con gestos que ponen de manifiesto bien a las claras su personalidad.

En el padre, por ejemplo, sobresale de modo particular la *fidelidad* con que vive y actúa su identidad de tal, preocupándose sólo porque su hijo viva. Las palabras que pronuncia ante los criados y ante su hijo mayor refiriéndose al pequeño: *este hijo mío, este hermano tuyo, estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado* (Lc 15, 24. 32), denotan ese sentimiento del verdadero amor que busca tan sólo lo que interesa para el bien integral de la persona que se ama; que busca fundamentalmente que pueda ella encontrar un sentido gratificante a su existencia, que pueda *saborear la vida*. Pero no menos elocuentes que las palabras son, en este mismo sentido, los gestos que tiene para con el hijo que se había ido: el conmoverse al verlo cuando aún estaba lejos, el correr hacia él y el besarle efusivamente (Lc 15, 20); el no hacerle ninguna pregunta ni reproche; el ordenar que fuese tratado como su hijo, haciendo traer el mejor vestido y el calzado, y devolviéndole el anillo de la filiación (Lc 15, 22), y el organizar una fiesta extraordinaria en su honor (Lc, 23. 32) delatan el cariño y la ternura de quien no sólo ha sido fiel al hijo ausente, sino que incluso le ha llegado a querer con un amor proporcionado a su necesidad, que se ha ido acrecentando desde la silenciosa y cercana lejanía.

En contraposición, en el *hijo mayor*, que, como se ha apuntado, representa en la trama la visión legalista ante la situación creada, se pone de manifiesto la *infidelidad* al amor fraterno y la consecuente *insolidaridad* con que actúa frente al problema del hermano. También en él, son los gestos –como el *irritarse y no querer entrar a la fiesta* (Lc 15, 28)- los que, con más elocuencia que las palabras mismas, reflejan su personalidad egocéntrica, fría de sentimientos e insolidaria.

No obstante, donde con más nitidez puede apreciarse la contraposición existente entre el *criterio misericordioso* del padre y el *criterio legalista* del hermano mayor, es precisamente en el diálogo que ambos mantienen a las puertas mismas del convite:

- Frente al frío y lejano: *ese hijo tuyo*, que matizan el reproche con que el hijo mayor echa en cara a su padre el gesto que ha tenido para con el hermano menor, el padre pronuncia el cálido y cercano tratamiento de *este hermano tuyo* (Lc 15, 30.32).
- Frente a un observar con “mirada juzgadora y hasta condenadora” los *hechos* de quien ha devorado con prostitutas la hacienda, el padre sólo mira a la *persona* recuperada (Lc 15, 30.32).
- Frente a una postura que nace de un corazón encogido y que tiende a ver y juzgar la situación del otro desde el propio yo, ofendido y entristecido por la “injusticia” legal que se ha cometido con él al no permitirle nunca celebrar una fiesta con los amigos, a pesar de los “servicios prestados”, el padre, con el corazón ensanchado, pone como referente de su justa actuación *la persona de quien ha sido hallado*, e invita al mismo hijo mayor a que se alegre y a que tome conciencia de que también a él lo quiere como un *hijo predilecto* con quien comparte no sólo lo que tiene sino incluso lo que es (Lc 15, 29. 31-32. Cf. Jn 17,10).

Desde otra perspectiva, la figura del *hijo mayor* nos hace recordar con espontaneidad la del *fariseo orante* que el mismo evangelista Lucas retrata (Lc 18, 9-14). Tanto el uno como el otro son seres *egocéntricos* que se sitúan de *pie* frente a Dios –ante quien se creen con derecho a exigir– y frente a los hermanos, a quienes suelen mirar con desprecio “por encima del hombro”. Ambos también, seguros de sí mismos por los méritos acumulados y los servicios prestados (Lc 18, 12.25; 15,19), se sienten como obligados a menospreciar y condenar a quienes no son como ellos (Lc 18,12; 15,30). Ambos, más *que orar en su interior* (Lc 18,11), *oran hacia su interior*, pues la contemplación narcisista de lo que han hecho (Lc 18,12; 15,29) es un verdadero acto de autoadoración y egolatría. Ambos, en fin, aunque estén *de pie*, y hasta de puntillas, son seres pequeños y empequeñecidos.

Y vista ya la actuación de los dos principales artistas de la obra, podríamos preguntarnos: ¿y dónde queda el *hijo menor* en toda la trama? Pues, sencillamente en su sitio. Él, más que un *agente*, es en la obra un *paciente*. La vaciedad que experimentó como resultado de su malogrado proyecto de ser feliz y “comerse el mundo”, le hizo entrar dentro de sí y lo que en un primer momento sólo fue un deseo de volver a casa por tener algo que echarse al estómago, se fue transformando poco a poco en una verdadera conversión del corazón, en una verdadera apertura a la acción amorosa del padre. Y cuando éste le besó efusivamente, la pena de no tener qué comer, se transformó en pena por haber perdido su filiación. Si el hijo mayor nos hacía recordar con espontaneidad al fariseo orante, el menor, en su sentida oración: *Padre, pequé contra el cielo y ante ti, ya no merezco ser llamado hijo tuyo* (Lc 15,21) nos hace recordar la del publicano, que, sin atreverse ni tan siquiera a alzar los ojos al cielo, decía, al tiempo que se golpeaba el pecho: *¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy un pecador!* (Lc 18,13). Ambos fueron salvados simplemente porque se dejaron salvar, porque se abrieron al amor de Dios, que ama a la medida de las propias necesidades.

Y este mismo mensaje de *amor fiel* y “*a la medida*” que Lucas nos transmite en su parábola del Padre misericordioso, podemos leerlo también en la parábola, no menos bella y expresiva, del marido traicionado que nos trae el profeta Oseas (Os 2, 4-25).

En fin, misericordia significa *amor a la medida a la medida del otro*; significa *querer al otro como es*; significa *amar más allá donde existe una mayor necesidad o carencia*.

Aún os lo voy a decir de otra manera: misericordia significa *superar los esquemas uniformistas del “bondadoso Procasto” del mito griego*.

Misericordia y pedagogía amigoniana

Y es llegado ya el momento –dentro de nuestra reflexión en el día de hoy– de analizar cómo la tradición pedagógica amigoniana ha ido asimilando todo el mensaje de la *misericordia*, cuya primera fuente inspiracional fue el evangelio, experimentado a través de la figura de Cristo y de su Madre, al pie de la Cruz.

En ese sentido hay que señalar precisamente –y en un primer lugar– que la *atención a la individualidad* –otro de los matices más característicos del sentimiento educativo amigoniano– es la *mejor expresión* pedagógica del *valor evangélico de la misericordia*; de ese *valor entretejido de fidelidad inquebrantable* y de *comprensión total* a la persona concreta; *de ese valor* que impulsa a *amar más* –y con *atención preferencial*– a quien presenta mayores y más perentorias necesidades o carencias; de ese valor que necesita *ser* expresado al mismo tiempo –como ayer se reflexionaba– con *ternura* –porque el mejor regalo hecho *sin sensibilidad ni finura* más que *homenajear, ofende* a la persona, y porque en la vida, a menudo, lo que no consigue la *mano técnica*, lo consigue la *mano amiga*– y con *fortaleza*, pues, lo que uno *recibe, sin apreciar* su valor, más que ayudarlo a *crecer en alteridad*, lo único que consigue es *engordar su egoísmo*.

Frente al criterio unificador de la *justicia* humana que tiende a *equiparar a todos ante la ley* –por más que esta pretensión haya resultado históricamente utópica en la práctica–, la *misericordia* se inclina por aplicar *parámetros personales*. La *misericordia supera* así la *fría justicia*, pues no se orienta tanto a la salvaguarda de la ley, cuanto a la *recuperación de la persona concreta*, contemplada ésta en su individualidad y circunstancias. La *misericordia no afrenta la ley*, sino que, al relativizarla, *le devuelve ese hálito de sensibilidad humana* que inspiró su nacimiento.

Por otra parte, ese *criterio personalizante del amor* y de la justicia; ese *criterio individualizador* de la educación –necesario siempre– adquiere, como es natural, una *especial importancia* cuando se trata de acompañar en la *aventura de su propia maduración humana* a personas que sufren desarreglos de personalidad más fuertes y que acusan de un modo más patente, los consecuentes desarreglos conductuales. De aquí que las *técnicas terapéuticas de la ciencia pedagógica* –y así lo entendió desde sus orígenes la pedagogía amigoniana, desde su iluminación cristológica y mariana– necesitan ser proyectadas y aplicadas con esa sensibilidad humana que es capaz de percibir en cada momento las necesidades o carencias más perentorias de la persona concreta, y es capaz, además, de responder a ellas de la forma y manera con que esa misma persona “*espera*” que *le sean respondidas*:

- *La observación y la experiencia* –enseñaba, ya en 1906, la pedagogía amigoniana a ese respecto– *han sugerido y sugieren cada día a los educadores, no sólo un régimen general para la buena marcha y armonía de la Escuela, sino también y principalmente el régimen particular e individual conforme con el estado de fuerzas, aptitudes, inteligencia y modo peculiar de ser de cada alumno, a fin de no exigirle más de lo que pueda, pero sí todo lo que deba* (TPA 6.176-6.177).
- El *tratamiento* –insistía en ese mismo sentido, dicha pedagogía– *debe de proporcionarse a la capacidad del*

educando. El buen educador es el que sabe distinguir entre alumno y alumno, y no exige a todos la misma perfección, sino que se contenta con la medida de cada cual (TPA 12.056).

- *La razón de nuestro éxito* –expresaba un educador amigoniano de primera hora– *está en que individualizamos el tratamiento en cuanto es posible; procuramos la pedagogía “a la medida” (TPA 9.139).*
- *La labor pedagógica* –enseñaba ya la primera redacción del Manual pedagógico amigoniano– *será tanto más eficaz cuanto sea más a la medida del sujeto a quien se aplica; los educadores, pues, procurarán individualizar el tratamiento (TPA 0.246 y 10.1016).*

A lo largo, pues, de su historia, la pedagogía amigoniana ha afirmado –como una constante– el *criterio individualizador* de sus terapias y ha sabido expresar ese lenguaje individualizado –que, por su propia naturaleza, se dirige al corazón de la persona– bien con *pequeños gestos*, bien con *silencios acogedores*, bien con ese “*saber hacer la vista gorda*” tan necesario en la vida, y siempre con esa *comprensión* que impulsa a *relativizar reglamentos*.

Absolutizar reglamentos significa matar la pedagogía como *arte*, pues todo arte tiende a la individualidad, a la creación de la “*pieza única y maestra*”:

- *Mientras el reglamento* –enseñaba uno de los primeros pedagogos amigonianos, y termino con sus mismas palabras esta pequeña reflexión en torno a la interacción existente misericordia y pedagogía amigoniana– *es la ley común, aplicada con equidad y no pasa de ahí, produce frutos saludables, pero si traspasa los límites de lo necesario o desciende a pormenores, o se exige con rigor su cumplimiento: entonces se convierte en un instrumento envolvente que mata todas las iniciativas del individuos. El espíritu del alumno queda entonces cohibido; sus actividades, coartadas y muertas; su carácter,*

apocado, y su libertad, enteramente atada. Tales alumnos no son educados para la vida, sino para la servidumbre. El reglamentarismo es siempre un abuso, una “embriaguez de reglamento”. Y rayando con el reglamentarismo está el militarismo. El sistema de cuartel es muy impropio para la formación del carácter de los alumnos. El carácter tiene que desarrollarse “de dentro a fuera”, es decir, desarrollando gradualmente las fuerzas interiores del alumno. Nuestra disciplina debe convertirse, pues, en una “solicitud verdaderamente paternal” que actúe según lo reclamen las distintas circunstancias de la persona” (TPA 12.119-12.121).

Reflexiones sobre la misericordia

Y ahora, quisiera dedicar la última parte de esta mi segunda conferencia a realizar algunas reflexiones –aunque sean breves– *sobre distintas connotaciones* que conlleva la *misericordia* y que, de forma más explícita o implícita, *han estado siempre presentes* en la *praxis* y en el *discernir* científico de la pedagogía amigoniana.

Tales connotaciones o *matices* encuentran también su más original inspiración en el espíritu del propio evangelio, hecho realidad en las figuras de *Cristo* y de la *Madre Dolorosa*.

a.– Amando desde el tú

El primer matiz sobre el que quisiera reflexionar ahora con vosotros es el de *amar* –no desde el *yo* del amante– *sino* desde el *tú* de la persona amada.

La *afectividad*, el *lenguaje del corazón*, es sin duda la potencialidad mayor que el hombre recibió de Dios para *comunicarse con el otro*.

Sin embargo, el pecado original, al dañar en su raíz el proyecto de Dios sobre el hombre contaminó con “*el virus del egoísmo*” sus potencias. Y dañó a éstas, tanto más profundamente, *cuanto más íntimamente se encontraban relacionadas con el núcleo del amor.*

La *afectividad* en concreto –orientada originalmente a *favorecer ese encuentro generoso con el otro* que plenifica y desarrolla el ser del hombre (su crecimiento)– se vio afectada por una fuerte tendencia a *poseer al otro, a apropiarse del otro.* Y este es uno de los grandes “pecados” del amor, el presentar como tal, lo que en el fondo no es sino un *sutil ardid del egoísmo.* Bajo el *simulacro del amor,* de la generosidad, de la entrega, lo único que se busca es “atrapar al otro”, “*seducirlo*” –en el sentido más etimológico del término–, *convertirlo en un “objeto”,* al servicio del propio yo, que es en definitiva el único protagonista y beneficiario de la engañosa donación. Y este acompañamiento posesivo de la persona no sólo aniquila para el amante la *identidad del otro* (que pasa de ser persona a ser objeto–, sino que *destruye también la personalidad misma del amante,* quien lejos de experimentar la *felicidad,* que es el gran fruto de la relación verdaderamente amorosa, va experimentando un sentimiento *de desazón y ansiedad, siempre creciente.*

En cierto sentido, la pretendida posesión del otro representa el *mito de Prometeo.* Cuando más lucha y se esfuerza el hombre por poseer al otro, más desfigurado lo ve y más inalcanzable lo siente. Y cuando al final cree poseerlo, se percata de que lo que tiene entre sus manos no es ya aquél a quien deseó, sino el objeto que de él se fabricó.

Frente al *amor posesivo* que nace de “*querer desde el solo yo*”, la *misericordia* representa de alguna manera esa *limpieza de corazón* que canta la sexta bienaventuranza y que consiste en definitiva en *ver a Dios,* es decir en descubrirlo, contemplarlo y “adorarlo”, *reflejado en el rostro de cada hombre* y en particular en el *rostro de aquellos en quienes se encuentra, en principio, más desfigurado.*

La misericordia es, pues, en ese mismo sentido “*amar desde el tú*” de la otra persona, es decir, “*querer al otro como es*” y no pretender “*hacer del otro una proyección del propio yo*”.

Cada uno necesita *ser querido de acuerdo a su propia personalidad*. Y el amor verdadero siempre es una *aceptación del otro, en su individualidad y personalidad*, en el propio corazón.

A las personas o las acabamos por querer como son, o no las empezamos a querer nunca.

Precisamente porque la misericordia es *querer a las personas como son, amar desde el tú*, el amor misericordioso tiene como una de sus principales características el crear en la *relación ámbitos de libertad* y el respetar el *desarrollo de la propia individualidad del otro*. En fin, el *amor misericordioso es opuesto en su misma naturaleza a toda clonación* –no ya *biológica*, que Dios quiera no llegue a dominar la cultura humana, haciéndole perder la variedad multicolor de la diversidad–, sino *psicológica*, que –ésta sí– es tan antigua como el hombre mismo.

La gran lección de “*amar desde el tú*”, de “*querer al otro como es*” la ofrece la Madre Dolorosa a los amigonianos en el conjunto de sus siete dolores, pero de forma particularmente explícita en el primero.

En él, María *supera con decisión* –aunque no sin *desgarro interior*– la típica tentación que sienten todos los padres, en algún momento, de querer orientar a sus hijos por el camino que ellos consideran mejor para él, sin caer en la cuenta de que es al propio hijo a quien, llegado el momento, le tocará decidir su futuro.

En su pretensión de *querer lo mejor para sus hijos*, los padres pierden a veces la perspectiva de que “lo mejor” no es lo que *uno quisiera*, sino *lo que ellos mismo vayan descubriendo como tal para sus vidas*.

María, se había hecho de alguna manera la ilusión de que su hijo sería el *Emmanuel*, pero posiblemente no había pensando tan siquiera que el *Dios con nosotros* sería *una bandera discutida*.

b.– *Con amor gratuito*

Por tener como centro el tú del amado, el amor misericordioso es, por su propia naturaleza, *gratuito*.

Hay un pasaje en el evangelio que de forma particular pone de relieve este matiz del “amor a la medida”. Me refiero al que San Lucas trae en su capítulo 7, versos 36-50.

La figura central del pasaje es una *mujer a la que le fue perdonado todo “porque había amado mucho”*.

El fariseo que había convidado a Jesús quizá pensaba *más en sí mismo*, que en la persona de su invitado. De hecho, ni le ofrece agua para lavarse los pies, ni le da el beso de bienvenida, no le unge la cabeza con aceite. Y todo esto es lo que hace gratuitamente la mujer.

¿Cuál fue la razón? Posiblemente porque los ojos del fariseo estaban puestos en sí mismo, mientras que la mujer *sólo tenía ojos para Jesús*. En fin, el *fariseo* quiso *amar desde su propio yo* y *ella amó desde el tú de Jesús*.

c.– *Con amor personalizante*

La dimensión *personalizadora* es otra de las que distinguen el amor misericordioso.

Frente al criterio unificador y equiparador de la justicia distributiva, la misericordia tiende a individualizar.

Cuando se llega a querer al otro como es, éste pasa a ser alguien único para uno mismo.

Un ejemplo de ello, lo podemos descubrir en la relación que se establece entre la *rosa* y el *Principito* en el famoso “poema pedagógico” de Antoine de Saint Exupery:

- Sólo cuando el Principito deja de ser un ególatra y engreído y empieza a poner como centro de su relación a la *rosa*,

empieza a apreciarla en su individualidad y se da cuenta de que es *única*, pues es ella la que él ha domesticado, ha cuidado, la que le sonríe, la que él protege... *Ya no es una de tantas...*

- Al final el Principito reconoce que su error había sido fruto de la inmadurez: “*Yo era demasiado joven para saber amarla*”. En realidad la madurez en el amor supone pasar del *yo* al *tú*. El amor maduro es, por propia naturaleza, *misericordioso*.
- Eso precisamente fue lo que le enseñó el *zorro* con su sabiduría para *crear lazos...* Sólo cuando el *otro* es importante en tu relación con él y tu vida empieza a girar en torno a él, se empieza a apreciarlo en su individualidad...

d.– *Con amor fiel*

Y quiero ya finalizar esta reflexión, haciendo referencia al valor de la *fidelidad* que se encuentra también en íntima relación con el valor de la misericordia.

Cuando a la persona se la empieza a “*querer como es*” el amor va cobrando dimensión de eternidad.

Las infidelidades en el amor suelen tener como común denominador el hecho de que el “amante” no se había enamorado verdaderamente del otro, sino o bien de la imagen que de él mismo se había formado (*proyecciones del yo al tú*) o bien de la imagen que el otro había esforzado por transmitirle (*proyecciones del tú al yo*).

Dicen –y termino– que *el amor es ciego*, pero la verdad es que *para amar hay que tener los ojos bien abiertos*. Y una vez más la Madre Dolorosa que, como dice el Concilio, avanzó en la peregrinación de la fe y se mantuvo en todo momento unida a su Hijo, es buen ejemplo del *amor siempre fiel*. María es fiel a su hijo, *a pesar de que su*

vida no será como la había soñado (1^{er} dolor), cuando necesita protegerlo, renunciando a todo (2^o dolor), cuando deshace el camino andado para buscarle (3^{er} dolor), cuando hace camino al andar al encuentro con su hijo y se hace la contradicha con él (4^o dolor), cuando se mantiene de pie, junto a la Cruz (5^o dolor), cuando le recibe en su regazo ya muerto (6^o dolor) y cuando no deja de creer en ningún momento en su resurrección, en su recuperación (7^o dolor).

VALORES DE LA AMIGONIANIDAD

“Los dolores de Nuestra Madre –se lee en las Constituciones de los terciarios capuchinos– ofrecen desde su perspectiva pascual, nuevos matices que enriquecen la vida espiritual y apostólica de los amigonianos. Aceptar en todo momento la voluntad de Dios, afrontar con valentía las dificultades, buscar con afán al descarriado, hacerse el contradicho con el que sufre, mantenerse de pie junto al desvalido, acoger con ternura al que viene y esperar, aun contra toda esperanza, en que las personas pueden cambiar, son lecciones de amor que estimulan a seguir con renovado y creciente compromiso las huellas del Buen Pastor (n. 59).

De acuerdo a los principios más básicos de *la antropología cristiana* –a los que se vienen haciendo constantes referencias durante este Congreso– el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios-Amor, es un *ser hecho para amar, y sólo amando encuentra su verdadera identidad y el sentido gratificante de su existencia*. En definitiva, *la verdad del hombre está en el amor*.

Ahora bien, para que el amor cree *verdad, cree vida* en el interior del hombre (*La vida* –decía Unamuno– *es el gran criterio de la verdad. Toda creencia que lleve a la vida es creencia de verdad y lo es de mentira la que lleva a la muerte. Cuando las matemáticas matan son mentira las matemáticas* –*Vida de Don Quijote y Sancho* cap. 31-1ª parte–), es necesario que sea *amor de verdad*. Y lo es, en la medida que posee aquellos valores que la cultura cristiana ha considerado siempre como *esenciales al mismo*.

De tales *valores* existen distintas enumeraciones en los escritos del nuevo Testamento. Por ejemplo:

- *Revestíos* –escribe San Pablo en la carta a los Colosenses– *de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia, de perdón, de paz...* (3, 12-15).

- *Vivid* –dice a los Efesios– *de una manera digna de nuestra vocación: con toda humildad, mansedumbre, paciencia, comprensión amorosa, paz, bondad entrañable, perdón* (4, 2-3 y 32).
- *El amor* –matiza aún más en su primer escrito a los Corintios– *es paciente y servicial; no es envidioso ni presumido ni engreído; es decoroso; no busca el propio interés; no se irrita, no lleva cuenta del mal, no se alegra de la injusticia sino de la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta; el amor no pasa nunca* (13, 4-8).

Con todo la escala cristiana de valores mejor lograda y completa es, sin duda, la que se encuentra en las *Bienaventuranzas* (Mt. 5, 3-11), verdadero *arcoiris del amor*.

Siete lecciones de amor

Junto a ese *arcoiris del amor* que son las *bienaventuranzas*, los amigonianos encuentran también en la figura de la Madre Dolorosa un mensaje pascual que *acentúa*, en su *crecimiento personal* y en su *actuación pedagógica*, determinados valores –contenidos claramente en las mismas bienaventuranzas– que confieren a ese crecimiento y a esa actuación su característico *estilo de vida y talante educativo*.

Los dolores de María constituyen, desde esa perspectiva *siete lecciones de amor*, evocadoras de distintos matices del *amor misericordioso*, que debe *iluminar la vida* de los seguidores de Luis Amigó y *distinguir su pedagogía*.

A continuación, y dejando aparte el primer dolor –la profecía del anciano Simeón– que, como se veía en la conferencia de ayer, nos trasmite, de una manera particularmente explícita, el mensaje de la misericordia, de “querer al otro como es”, voy a profundizar el mensaje que se deriva de los otros seis, y lo voy a hacer en torno a los

valores de la *fidelidad*, de la *preferencia por los más necesitados*, de la *acogida* y de la *esperanza*.

a.– *Fidelidad incondicional*

Afrontando con valentía las dificultades que provocan su precipitada marcha a Egipto (2º dolor) y manteniéndose de pie –erguida y sin derrumbarse– junto a la cruz de su Hijo (5º dolor), la Madre Dolorosa transmite fundamentalmente el valor de la fidelidad y de una *fidelidad incondicional*.

Dicen que es en los *momentos de dificultad* cuando en verdad se *aquilatan los amores* y los sentimientos. Y así fue en el caso de María.

En la *huida* a Egipto la Madre manifiesta su fidelidad actuando con valentía y afrontando con decisión y prontitud las dificultades del momento. El sentimiento que mueve el actuar de María y de José marchando precipitadamente a Egipto, lejos de ser un *sentimiento de temor*, lo es de *fortaleza*. Y aunque la piadosa tradición ha enunciado ese segundo dolor con la palabra *huida*, el contexto invita espontáneamente a descubrir en María la actitud valiente del emigrante y peregrino que, por amor a los suyos, es capaz de dejar casa, trabajo, comodidades y seguridades para protegerles de un presente amenazador o para procurarles un mañana mejor.

En el *quinto dolor* –permaneciendo de pie junto a la cruz de su hijo– la *fidelidad de María* adquiere la más clara manifestación de *amor incondicional*. Es significativo que junto a la cruz de Jesús sólo estuviesen los que se sentían unidos a Él por lazos de sangre o de profunda amistad; sólo estuviesen los que le querían verdadera e incondicionalmente. El permanecer junto al que se quiere cuando las cosas no le van bien, cuando arrecian las dificultades y cuando todos tienden a abandonarle, es una clara prueba de que se quiere a la persona por lo que en realidad *es*, y no, por lo que ha podido representar en un determinado momento. María no aparece en los momentos en que a su hijo le sonrío la vida y se le acumulan los

éxitos; sabía que entonces estaría “bien” acompañado por los oportunistas, por los que están siempre prontos a subirse al carro de los vencedores, por los que gusta cobijarse y arroparse bajo la gloria ajena, pero aparece cuando todos, incluidos los que se habían declarado más fieles, lo abandonan.

Por lo demás, tanto el segundo como el quinto dolor transmiten, junto al mensaje de la *fidelidad*, el de la *capacidad de encarnación* que necesitan todos aquéllos que se sienten llamados a colaborar con Cristo en la gratificante tarea de crear una humanidad nueva y una nueva civilización cimentada en el amor. Para llevar a cabo su propósito de *hacer nuevas todas las cosas*, Cristo se *encarna, se despoja de sí mismo y toma la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Sin encarnación no hay redención*. Para ayudar a los demás hay que comenzar por *hacerse todo para ellos*, como diría San Pablo, o si preferís *hacerse uno más de ellos*.

Si en el *segundo dolor* María se *encarna haciéndose peregrina* junto a su hijo, en el quinto lo hace, *permaneciendo estática* al pie de su cruz.

Fidelidad, incondicional y hecha encarnación, es pues, en síntesis, el aporte que la Madre Dolorosa regala a la cultura amigoniana. Y éste aporte se ha testimoniado particularmente en el devenir pedagógico de los seguidores de Luis Amigó a través de una actuación que se ha distinguido por la *constante dedicación de los educadores* y por la *cercanía afectiva y efectiva* con que ellos mismos han sabido estar junto a “*sus muchachos*”.

- *Los educadores* –se decía ya en uno de los primeros manuales pedagógicos amigonianos– *no han de reparar en horas ni demostrar cansancio de estar con los alumnos y han de saber hacerles a éstos la vida en el establecimiento lo más agradable posible, teniendo en cuenta que vienen a nuestras casas a educarse y que bastante castigo es la privación de libertad y*

cambio de vida. Ningún educador, pues, debe tener como castigo el estar con los alumnos (TPA 0.106 y 0.170).

- *Los religiosos educadores* –escribía a su vez uno de los primeros amigonianos, traduciendo la *pedagogía de la presencia* en *pedagogía de la cercanía y convivencia*– *comen con sus alumnos de la misma olla, con ellos trabajan y con ellos se solazan, tomando parte en sus mismos juegos (TPA 6.251).*
- *La gran palanca para los brillantes resultados de esta Escuela* – insistía el mismo amigoniano, haciendo hincapié de nuevo en la necesidad de convivir con los alumnos y estar cerca de ellos– *es el ejemplo vivo y personal. En ella no se obliga al alumno a ejecutar el trabajo y alguna obra por sí solo; nunca se le dice “haz esto”, sino “hagamos esto”. El educador come con los alumnos, descansa en el mismo salón y con él trabaja, llevando siempre la peor parte (TPA 6.033-6.034).*
- *¿Cuál es el lema de nuestro sistema?* –se preguntaba otro amigoniano de primera hora, en referencia a la pedagogía de la presencia y de la convivencia– *“El amor que vigila”* –respondía. Y añadía: *“la vigilancia es como una protección..., mejor aún como un latido maternal siempre solícito por sus hijos” (TPA 12.154 y 12.123).*

b.– *Preferencia por los más necesitados*

Si el segundo y quinto dolor transmiten fundamentalmente la lección de la fidelidad, el tercero y el cuarto hacen lo propio con el mensaje de la *preferencia por los más necesitados*.

En el *tercer dolor* –la *pérdida del niño Jesús*– María muestra su preferencia *buscando* –como el Buen Pastor– a quien anda extraviado. Es significativo en este sentido que el evangelista Lucas, al relatar el acontecimiento en que se desarrolla ese tercer dolor, use por tres veces el verbo *buscar* y, una de ellas, matizado además con el sentimiento de angustia. La *búsqueda afanosa* –*cariñosa y preocupada*

a un tiempo— de quien anda por la vida perdido de orientación o necesitado de afecto y comprensión se convierte así en la actitud más relevante de este pasaje bíblico. Y esa *búsqueda* —al tiempo que manifiesta como se vienen repitiendo ese rasgo típico de la misericordia que impulsa *a amar más a quien más lo necesita*— es también una constante invitación a *crecer en sensibilidad* para llegar a percibir incluso las angustiosas llamadas que nos tramiten, a veces desde el *silencio*, quienes nos rodean. En una sociedad donde los compromisos amenazan con agotar todo tiempo y agobiar al hombre hasta “estresarlo”, es necesario que la persona tenga la *suficiente sensibilidad y coraje* para saber dejar, en un determinado momento, *las noventa y nueve cosas buenas que aún le quedan por hacer*, o las noventa y nueve personas que pudiera atender, para buscar a quien en su enfermedad, ancianidad, inexperiencia o desorientación está más necesitada de la propia palabra de aliento o de comprensión, o simplemente de una compañía cercana y afectuosa.

Por su parte, en el *cuarto dolor* —*encuentra a Jesús cargado con la cruz*— la preferencia de María por el necesitado se muestra *saliéndole al encuentro, haciéndose la encontradiza* con su hijo.

Si en el tercero la actitud de búsqueda de María hacía recordar con espontaneidad al Buen Pastor, en éste su *actitud de salir al encuentro* trae a la mente y al corazón el ejemplo del *Buen Samaritano*. La parábola del Buen Samaritano le sirve a Jesús para *responder a la inquietud* de un legista que quería saber *quien era su prójimo*. Y lo que Cristo pretende con su “*historieta*” es hacerle caer en la cuenta de que la pregunta vital —*hablando de amor*— no es el interrogarse quién es prójimo de uno, sino el cuestionarse cuándo de verdad uno mismo es prójimo (está próximo afectiva y efectivamente a los demás). En definitiva, la gran lección que deja Jesús a través de la actuación del Buen Samaritano, es que hay que *aprender a amar* — como ya se decía en la conferencia de ayer— *desde el tú y no desde el yo*; que hay que hacer al otro un *regalo a su medida y no pretender hacer al otro a la medida de nuestro regalo*. Y esta misma actitud es la

que María hace propia en el cuarto dolor, cuando se *convierte en encuentro* para su hijo. En medio de una cultura que tiende a favorecer más la individualidad y el aislamiento, que los momentos de verdadero encuentro personal, *hacerse el encontradizo con el otro* constituye un valor que impulsa a desarrollar la dimensión comunitaria y social que tiene necesariamente el amor y podría constituir, desde ahí, una acuciante invitación a ser *profetas de la palabra hablada y del diálogo*. No deja de resultar paradójico que, en medio del gran protagonismo alcanzado por los medios de comunicación, el hombre actual esté perdiendo de alguna manera su capacidad de *ser agente* y hasta *artista de la palabra*, como vehículo de transmisión de los más profundos sentimientos. Se escucha mucho a los medios, pero se tiende a expresar poco. Y en un ambiente tal, no es infrecuente encontrar, incluso familias, en las que sus miembros han perdido casi totalmente la capacidad de encuentro y viven, en medio de la cercanía física, un traumático sentimiento de *solitaria soledad*.

La pedagogía amigoniana, fiel a la gran *lección de amor* que –con variados pero complementarios matices– ofrece la Madre Dolorosa en su tercer y cuarto dolor ha constituido, –desde sus orígenes– la *preferencia por los marginados en uno de los distintivos más característicos de su testimonio de amor misericordioso* y ha sabido expresarlo, *bien buscando a la oveja perdida, bien dejándose encontrar por ella*. Estos textos que aquí se traen pueden ser una buena prueba de ello:

- *Este alumno –confesaba uno de los primeros y más castizos educadores amigonianos, poniendo, de manifiesto su capacidad de amar más a quien más lo necesitaba– es el que más me ha hecho practicar la humildad. Y yo incluso lo premié, aunque no se lo merecía del todo. Por ser más “difícil” tengo que quererlo más; esto es lo que dicta la misericordia, pero conste que fue fruto de un gran esfuerzo moral por mi parte* (TPA 8.043).

- *Apliquemos el reglamento* –insistía otro de los pioneros de la pedagogía amigoniana, teniendo sin duda de trasfondo las palabras testamentarias del padre Amigó: *Vosotros zagales del Buen Pastor, debéis de ir en pos de la oveja extraviada...– pero teniendo más amor y benevolencia con los caídos, los menos simpáticos, los más pobrecitos y necesitados...* (TPA 5.044).
- *Cuando un educador* –enseñaba uno de los textos más tradicionales de la pedagogía amigoniana– *haya recurrido a todos los medios para llevar a un alumno por el camino del bien y él se obstine en ir por el del mal, busque una persona experimentada, para que “haciéndose el encontradizo con él”, le habla al corazón* (TPA 0.311).

c.– *Acogida maternal*

El *sexto dolor* –*María recibe en sus brazos al hijo muerto*– es, por excelencia, el dolor de la *acogida maternal* y ésta es precisamente la gran *lección de amor* que trasmite.

Posiblemente ha sido Miguel Ángel el que mejor ha sabido expresar esa *acogida maternal* en su famosa *Piedad*. En ella, aparece María –con lágrimas en los ojos, pero con una serena expresión, carente de amargura (igual que sucede en la imagen del *cuadro milagroso de Quito*)–, recibiendo tiernamente en su regazo el cuerpo de Jesús, y mientras con uno de sus brazos acurruca al Hijo muerto, con el otro parece mantener abierto el abrazo de bienvenida para los hijos ausentes. La *Piedad* –tal como la *siente y expresa* Miguel Ángel– parece ser la madre de una gran familia, cuya capacidad de acogida no se agota nunca, porque sabe que siempre falta algún hijo por llegar.

Con su acogida cariñosa del hijo muerto –cuyo abrazo hace recordar con naturalidad el *gesto mismo del Padre misericordioso* que *privilegia y prodiga* en su amor al hijo que regresa– María, al tiempo que *nos enseña a acoger*, nos enseña también a *hacerlo con ternura*. A

veces, el mayor don, regalado con brusquedad, *sin finura*, produce rechazo, mientras que un pequeño detalle, realizado con ternura, conquista el corazón del otro. *No basta* –se decía ya en la primera conferencia– *querer al otro*, es imprescindible que se *sienta querido*.

La aceptación cariñosa de quienes conviven con nosotros y el hecho de dispensarles en todo momento un trato amable, afable y familiar puede ser, no cabe duda, una buena manera de hacer propia la *lección de amor* que la Madre Dolorosa ofrece en su sexto dolor. En ocasiones, la mera acogida amable de quien está en dificultad, o el simple hecho de escuchar, en silencio pero con sentimiento, a quien necesita comunicar su situación, puede constituir para la persona necesitada concreta una ayuda capaz de impulsarle de forma decisiva a sobrellevar con otro talante, e incluso llegar a superar, su difícil situación. *En el mundo mismo de los niños y jóvenes con problemas*, la acogida cariñosa dispensada en el momento de su llegada al centro educativo constituye ya un primer y positivo impacto que potencia extraordinariamente su recuperación, como expresamente señala, por ejemplo, la *tradición pedagógica amigoniana* en estos textos:

- *Desde el momento que ingresa el alumno* –se decía ya en 1906– *debe ser objeto de cuantas atenciones necesite, sin escatimarle el cariño* (TPA 6.248).
- *La primera obligación de todo educador* –insistía otro texto– *es recibir al alumno con cariño. Y máxime se ha de extremar la afabilidad en la acogida dispensada a aquéllos que han sido tratados mal y no han gozado de la legítima alegría* (TPA 11.152).
- *Es de suma importancia que el alumno, desde el momento de su llegada, encuentre por parte de sus educadores esa acogida atenta, ese cariño, que le hacen abrir las puertas de su corazón. Recíbese, pues, al alumno con muestras de “gran simpatía” por él* (TPA 12.064 y 12.420).

- *No son las plantas ni las flores sólo... los que hacen acogedora una casa de familia, es el cariño, la alegría, los brazos abiertos de una madre que oculta las faltas de su hijo, que olvida sus andanzas, que recoge sus lágrimas para juntarlas con las suyas propias que son de amor y de perdón, que cicatriza sus heridas con el bálsamo salido de sus labios... Y este espíritu existe entre los educadores amigonianos y sus alumnos (TPA 14.204 y 14.866).*

d.– *Esperanza ilimitada*

El amor todo lo espera –así canta una de las estrofas del himno al amor que San Pablo trasmite en su primera Carta a los Corintios (Co. 13, 7). Y es precisamente la lección de la *esperanza*, y de una *esperanza ilimitada*, la que María ofrece en su séptimo dolor.

Visto desde esa perspectiva, el séptimo es el dolor de la *pascua anticipada*, de la absoluta confianza en que, incluso contra toda humana esperanza, las cosas –y sobre todo las personas– pueden cambiar, pueden mejorar, pueden volver a la vida. *Querer al otro “como es”* –tal como es propio del *amor misericordioso*– *no supone dejar de soñar y esperar para él un mañana mejor*, o dejar de considerar que la persona es un ser en constante crecimiento y maduración con ilimitadas posibilidades de una *progresiva mejoría*.

Desde sus inicios, la pedagogía amigoniana cultivó con esmero también la gran lección de la esperanza que la Madre Dolorosa ofrece en su último dolor e hizo de ella otro de los pilares fundamentales de su actuación.

Haciendo propios los gritos del *hijo pródigo*, cuando se decide volver a casa –*Surgam* (Me levantaré)– y de Jesús dirigiéndome al joven de Naim –*Adolescens surge* (Joven levántate)– la tradición amigoniana se ha percatado de que *tratándose de la recuperación de las personas nunca hay que “tirar la toalla” y nunca nadie puede darse por vencido*, y ha confesado consecuentemente su indefectible fe –

profesada incluso, a veces, contra toda humana esperanza— en que todo hombre —y especialmente, todo niño, adolescente y joven— por muy “muerto” que parezca, por muy grandes que puedan ser sus “deficiencias”, puede *volver a la vida*.

Y no cabe duda de que el *Joven levántate* dirigido a todo muchacho, y en particular a los más difíciles, con la profunda convicción de que siempre es posible el cambio, constituye el más adecuado *refuerzo pedagógico* para que el alumno convencido de sus propias posibilidades, a través del *afecto sentido*, pueda pronunciar con sus labios y con su corazón, con optimismo y alegría, su propio *Surgam* en la vida, su decisión de *levantarse* y cambiar definitivamente el rumbo.

Por otra parte, dicho *credo en la recuperación de la persona* es el que ha dado al sistema amigoniano su capacidad de *seguir soñando* en medio de una realidad cotidiana que no es precisamente fácil, y el que ha ido rodeando a la pedagogía amigoniana de un cierto *hábito de magia*. Y la educación siempre tiene que tener algo de magia, pues *magia* —y no otra cosa— *es lo que regala a la vida el amor a través de su inquebrantable e incondicional fidelidad*. Y esta dimensión mágica — común por lo demás a toda vida humana— se hace tanto más necesaria en sistemas que, como el amigoniano, se dirigen a personas que presentan mayores carencias, que el común de la gente. Pareciera como si entonces fuese más imprescindible el recurso a esa *varita mágica* que sólo *se actúa cordialmente*.

El educador que no cree en la posibilidad de cambio de sus alumnos difíciles, se limita, en el mejor de los casos, a ser comprensivo con ellos, pero no ejerce en su integridad la misión educadora, que le compromete a ser un *acompañante fiel de sus alumnos en su “proyección de futuro”*. Sólo desde una invencible esperanza, se puede contribuir positiva y eficazmente a la recuperación de aquellos alumnos que presentan mayores deficiencias. Algo de todo este sentimiento es lo que nos trasmite uno de los grandes pedagogos amigonianos en este texto:

- *Dos palabras, como de paso, sobre los “incorregibles” ¿Sabéis quiénes son los “incorregibles”? Algunos llaman así a aquellos alumnos que, de principio, no dan esperanzas de corrección. Pero, decidme sinceramente: ¿cuándo se puede decir con verdad que un alumno es “incorregible”? Sólo cuando se hubieran agotado los recursos divinos y humanos; cuando se hubiesen agotado todos los recursos de “la ciencia y la gracia”, se podría hablar así. Pero ¿quién será el osado que se atreva a asegurar que él ha empleado todos esos resortes? No es propio de buenos educadores calificar así a la ligera, sino de educadores bisoños y principiantes, quienes, muchas veces sin suficientes elementos de juicio, adelantan criterios ofensivos hacia sus alumnos. Yo, en veinte años como educador, jamás me he atrevido a llamar “incorregible” a un alumno. Hemos de amar mucho a nuestros alumnos y el que los moteja con semejantes calificativos demuestra, bien a las claras, que los quiere muy poco (TPA 12.009).*

Aterrizando

Bueno, pues, hasta aquí llegó por ahora la exposición de la simbiosis que ha existido, desde los orígenes de la cultura amigoniana, entre *mariología* y *pedagogía*.

Sólo restaría decir que la *mariología dolorosa* está llamada a ir *iluminando* cada día la vida de los amigonianos y a ir *enriqueciendo*, desde ahí, su actuación educativa entre los niños y jóvenes en situación de desamparo o de conflicto.

Por otra parte, también una actuación pedagógica, cada vez más comprometida con los grandes valores que aquí se han profundizado puede y debe iluminar y enriquecer la *mariología dolorosa* y debe de acrecentar, en concreto, el cariño y admiración por la *Madre de los Dolores*.